



Carter comunicó al país —¿o el país a Carter?— la inaudita sensación de que ha llegado el momento decisivo de contener a la URSS de una vez para siempre. Y si ese espíritu no decae, podría desaparecer Carter, pero no desaparecería Reagan. Si Carter (foto superior) es un cruzado, Reagan (foto contigua) es dos.

CARTER Y REAGAN

EDUARDO HARO TECLEN

SI no suceden acontecimientos extraordinarios —siempre posibles en una situación tan irregular como la que atraviesa el mundo, y especialmente Estados Unidos—, la convención del Partido Demócrata confirmará a Carter como candidato oficial a la Casa Blanca, para continuarse a sí mismo por un último período de cuatro años, y la convención del Partido Republicano designará a Ronald Reagan. En las elecciones de noviembre el elector de los Estados Unidos se verá ante el grave dilema de votar a un Presidente caduco, lleno de torpezas y fallos, considerablemente peligroso por su falta de consistencia, o a un aspirante septuagenario, de un conservadurismo rígido y antiguo, batido en numerosas elecciones anteriores. Es un caso no

insólito en las elecciones de los Estados Unidos. Casi reproduce, en términos muy parecidos, las elecciones en las que Johnson se enfrentó a Goldwater: un demócrata gastado y duro y un republicano "ultra". Pero entonces Johnson todavía estaba ligeramente impregnado del perfume de Kennedy, del que había sido vicepresidente y heredero, y sostenía en su campaña una especie de continuismo del que pronto se vería que era falso: una vez elegido, Johnson dio marcha atrás en todo y, finalmente, envuelto en sus propias contradicciones, tendría que retirarse de las siguientes elecciones.

Las sucesivas primarias han sido, hasta ahora, suficientemente claras. Dentro del Partido Demócrata, Kennedy es un vencido. Continúa —hasta ahora— en la

lucha por tesón, por pundonor, quizá por obligación, tal vez por la espera del supuesto milagro o del gran acontecimiento que pudiera cambiar las tornas. No es del todo imposible. Hace unos meses, antes de la entrada de los soviéticos en Afganistán, Carter estaba perdido. No sólo las encuestas de opinión pública le daban un índice muy bajo, incluso el más bajo que se haya registrado nunca para un Presidente en ejercicio, sino que los comentaristas políticos, los caricaturistas, los chismosos de Washington habían sobrepasado el techo del respeto a un Presidente en ejercicio. Y, sin embargo, aquí está ahora, ganando primarias velozmente, acumulando delegados para la Convención. Le ha bastado montar el caballo blanco de los cruzados y alzar el lábaro.

Porque, realmente, todo le sigue saliendo mal. La inflación ha llegado al 18 por 100, que es la cifra más alta que se recuerda en la historia económica de los Estados Unidos: se ha multiplicado por cuatro en los tres años de su mandato. Los rehenes siguen encerrados en el Irán, y todas sus gestiones, hasta la muy dudosa de la comisión que iba a estudiar las acusaciones de crímenes que hubiera podido cometer el Sha, han fracasado. La Unión Soviética no sale de Afganistán, a pesar del ultimátum de Carter. La política de sanciones no funciona. Tampoco el boicot de los Juegos Olímpicos de Moscú: la reunión de los antioímpicos de Ginebra sólo ha podido reunir veinte naciones, y no de las mayores, y no ha encontrado ninguna unanimidad. Francia se le ha ido de las

manos: Alemania Federal hace todo lo posible por distanciarse; en Canadá ha caído Clark por defender la política de Carter, y en Gran Bretaña, Margaret Thatcher pasa por dificultades importantes (aunque haya ganado en los Comunes el "voto olímpico"). Todo se le va volviendo en contra. Un asunto como la votación supuestamente equivocada contra las implantaciones israelíes en los territorios ocupados se salda con una torpeza mayor: aceptar que ha sido un "error de transmisión". Si hay un político en el mundo que dé la sensación máxima de inseguridad, de incapacidad de dominar las circunstancias, de estar en el filo de la navaja y a punto siempre de caer, ese político es el Presidente Carter. Habrá que deducir que tal vez esa sea su fuerza: esa imagen de un hombre luchando desesperadamente contra unas circunstancias sobrehumanas. Pero esa es una virtud muy digna de la tragedia griega, y aun de la forma de degeneración de la tragedia que es la ópera italiana:

teóricamente, en unas elecciones presidenciales no se aprecia "la fuerza del destino", sino la fabricación de ese destino. Carter no lo está fabricando.

La duda que parece saltar a los electores —y sin duda a la "machinery" del Partido Demócrata, que es quien mueve finalmente a un candidato— es la de que Kennedy pueda hacerlo mejor. Si hablamos de tragedia griega, la de los Kennedy es una gran tragedia en la que siempre han aparecido como víctimas de un imposible, como tal familia —los Atridas de Washington—, y personalmente, este candidato como hombre que tampoco superó, en una ocasión demasiado memorable, la fuerza del destino (el accidente de Chappaquiddick). En todo caso, su campaña no ha interesado. Pero puede Kennedy perfectamente esperar que el final de la tragedia de Carter se consume: que se estrelle en cualquier momento. Que haya cualquier relámpago a la luz del cual se pueda ver que Carter tiene el rostro lívido por el miedo, la cara

contraída por su propia inseguridad, y que termine por caer. Después de su derrota de Illinois, quedan todavía 26 primarias —se han celebrado diez—, y Carter tiene un tercio de los delegados que necesita; es decir, no lo tiene todavía ganado. Kennedy esperaba mucho de las elecciones de Nueva York (se han debido celebrar el día 25; no hay resultados todavía cuando se escriben estas líneas). Nueva York, decía su cuartel general, es muy sensible a los temas en que es débil Carter; lo es a la inflación y el desastre económico, es la ciudad con más miedo a la guerra nuclear (siempre que se pone un ejemplo del daño que causaría una bomba nuclear, se habla de Nueva York), y es el punto donde la comunidad judía tiene mayor fuerza. Podría ocurrir, según los kennedianos, que Nueva York fuera el Waterloo de Carter, y que a partir de ahí todo cambiará: sobre todo, que existiera la lucidez suficiente para darse cuenta de que Carter es un perdedor, que no tiene el temple de un Presidente. Es decir, para que el país viera lo que estaba viendo antes de la iluminación de cruzado que tuvo Carter la noche del Afganistán.

Probablemente no bastaría con que Carter se cayera de sus propios coturnos y se le desprendiera del rostro la máscara de la tragedia: sería preciso que el elector americano advirtiera claramente que todo el camino que se está siguiendo está equivocado. Es decir, que compartiera el punto de vista tan común en Occidente de que lo que hay al extremo de la diplomacia de Carter es la guerra, y que la guerra es imposible; que ni siquiera es posible la guerra fría, y que incluso el problema de la economía nacional no se resuelve por esta vía, sino por la de una especie de conciliación nacional. Porque, de no ser así, podría Carter derrumbarse, pero no la histeria del patriotismo y de la fuerza bruta que ha estado dominando al país, la noción de que no hay más política posible que la rudeza, y esa inaudita sensación que parece haber comunicado Carter al país —¿o el país a Carter?— de que ha llegado el momento decisivo de contener a la URSS de una vez para siempre. Y si ese espíritu no decae, podría desaparecer Carter, pero no desaparecería Reagan. Si Carter es un cruzado, el republicano Reagan es dos.

Es decir, es demasiado. Dentro de su partido se dieron cuen-

ta de que iba más allá, por ese camino, de lo que el país quería. Pero los otros candidatos del partido no sirven para cortarle el paso. Anderson resulta demasiado intelectual, más de lo que puede tolerar un republicano, y Busch resulta inoperante. Reagan los va dejando al lado del camino. Se pensó un momento en agitar el viejo fantasmón de Ford —como una demostración de la penuria de candidatos, de la indigencia política—, pero pronto se comprendió que no servía para nada. La carrera de Reagan era imparable, y su partido está condenado a él.

Como el demócrata está condenado a Carter. En el fondo del análisis de la situación por parte de los demócratas, está este hecho: Carter puede contener a Reagan, Kennedy no. Si las elecciones se celebrasen en este momento —según la encuesta realizada por el "Times" de Nueva York y la cadena de televisión CBS—, Carter tendría el 54 por ciento de los votos populares, Reagan no tendría más del 34. Lo cual supone no sólo una derrota importante en las elecciones presidenciales, sino también en las de la Cámara de Representantes, el Senado y los gobernadores de Estados, Edward Kennedy no podría poner, de ningún modo, una muralla de semejantes características.

El único problema real es que las elecciones no se celebran ahora, sino dentro de diez meses. Dada la aceleración histórica, es un plazo muy largo. Hay dudas de que Carter pueda resistir en este esfuerzo durante tanto tiempo. Puede ocurrir que no pase nada, y eso es malo para él, porque la campaña que ha iniciado consiste, precisamente, en ofrecer al país la rotura del inmovilismo. Pero, si pasa, ¿va a ser en su favor? ¿Aceptaría la URSS retirarse del Afganistán sin nada a cambio, aceptar la caída del régimen que defiende o la neutralización propuesta por Gran Bretaña-Estados Unidos? ¿Liberará Jomeini los rehenes sin que le entreguen al Sha o, por lo menos, su fortuna, sin exigir una contrapartida visible y espectacular? ¿Podrá imperar en Oriente Medio la paz de Camp David sin que suponga un enfrentamiento grave, o una guerra en la zona? ¿Descenderá la inflación, el paro? Si todo ello, que aparece tan improbable, sucediese, ¿podría aparecer como una victoria de la política de Carter? ■

Fotos: Europa.

